



FRUTO PROHIBIDO

Libro 3 de la saga “Espada de los Dioses”

ANNA ERISHKIGAL

Edición en Español - Spanish Edition

Fruto Prohibido



por
Anna Erishkigal

Saga Espada de los Dioses
Volumen III

Edición en español

SERAPHIM PRESS



Cape Cod, MA

Copyright 2023 por Anna Erishkigal
Reservados todos los derechos

Sinopsis

En los albores del tiempo, dos antiguos adversarios lucharon por el control de la Tierra. Un hombre se levantó para ponerse al lado de la humanidad. Un soldado cuyo nombre recordamos hasta el día de hoy...

Desde que se despertó en su nave espacial estrellada, el coronel de las Fuerzas Especiales Angelicales Mikhail Mannuki'ili ha luchado con la sensación de que tiene una misión que cumplir. Por desgracia, el accidente le dejó con amnesia, ¡así que no puede recordar cuál era esa misión! Ahora que él y Ninsianna se han confesado finalmente su amor, es cada vez más tentador olvidarse de su tarea. Después de todo, ¿a quién le importa un planeta tan primitivo como la Tierra?

Ella-Quien-Es sigue enviando visiones de un apocalipsis inminente a Ninsianna, que sólo puede ser detenido por Mikhail. Es una pequeña tentación -Mikhail la ama- todo lo que tiene que hacer es persuadir a los guerreros para que le permitan entrenarlos. ¿Por qué ella debería distraerlo diciéndole que un rival conoce la ubicación del Templo de Ki?

Mientras tanto, en los cielos, Lucifer urde un plan para utilizar a las mujeres humanas para instigar a los agonizantes Angelicales a rebelarse contra su padre inmortal.

La saga "Espada de los Dioses" continúa en el Volumen III: *"Fruto Prohibido"*.

Tabla de contenido

[Sinopsis](#)

[Tabla de contenido](#)

[Dedicatoria](#)

[Con respecto al tiempo en esta historia...](#)

[Génesis 3:2-3](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Epílogo](#)

[ADELANTO: En medio de las piedras de fuego](#)

[Sinopsis: En medio de las piedras de fuego](#)

[Boletín informativo](#)

[¿Deja una reseña del libro, por favor?](#)

[Avance: Un Ángel Gótico de Navidad](#)

[Avance: El Califato](#)

[Avance: La Subasta](#)

[Sobre la autora](#)

[Acerca del Traductor](#)

[Otros libros](#)

[Derechos de Autor](#)

[Notas al pie](#)

Dedicatoria

Dedico este libro a cada valiente hombre y mujer que sirve en las Fuerzas Armadas. A ti, te dedico al mejor y más asombroso superhéroe que alguna vez caminó sobre la tierra, el Arcángel Miguel. Un soldado... tal como tú.

Eres el viento bajo nuestras alas. ¡Gracias!

Con respecto al tiempo en esta historia...

Todos los periodos de tiempo en esta novela ocurren cronológica o simultáneamente, a menos que específicamente se indique lo contrario (por ejemplo, *“hace tres horas”* o *“tiempo presente”*). Debido a que la historia se relata a través del punto de vista de diferentes personajes, en ocasiones puede haber una pequeña superposición temporal para actualizar al lector con los acontecimientos, pero por lo demás todos los periodos de tiempo deben tratarse como secuenciales.

Tanto la Alianza Galáctica como el Imperio Sata'anico definen el tiempo desde el día en que el Emperador Eterno ascendió al trono de la Alianza y firmó el actual Acuerdo Galáctico que divide la Vía Láctea entre los dos imperios (es decir, hace más de 152.000 años). “d. E.” significa “Después de los Emperadores”. El punto decimal después del año corresponde al mes, es decir, 02 = febrero. Todas las Fechas Galácticas Estándar ocurren en paralelo, tal como en la Tierra, a menos que se indique específicamente lo contrario.

152,323.02 = 02 de febrero, 3390 a.C.

Génesis 3:2-3



Y la mujer respondió a la serpiente:
Del fruto de los árboles del huerto comemos,
Mas del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios:
No comeréis de él, ni le tocaréis, porque no muráis.

Génesis 3:2-3

Capítulo 1



Fecha Galáctica Estándar: 152,323.04 d. E.

Tierra: Base de Operaciones Avanzada Sata'anica

Teniente Kasib

Diez semanas atrás...

Tte. KASIB

Una multitud de humanos se apiñó en los límites de la aldea, observando cómo los transportes de tropas Sata'anicos se cernían sobre el improvisado aeródromo. Los rugientes motores de los VTOL levantaron una nube de polvo y la hicieron volar hacia la aldea, ocultando al teniente Kasib de su visión.

—¿Perdón? —Kasib exclamó.

Los humanos gritaron al darse cuenta de que él era uno de *ellos*. Uno de los "dioses-lagarto" que venía a sacarlos de la Edad de Piedra. Arrojaron sus miserables cuerpos al suelo, presionaron sus rosadas frentes contra la tierra y proclamaron "*Alabado sea Shay'tan...*".

Kasib levantó dos garras y les dio la bendición que tanto anhelaban antes de pasar por encima de sus cuerpos postrados. Los humanos miraron con envidia el pequeño jarrón que llevaba, formado de arcilla amarilla ocre y decorado con un tono de marrón más oscuro; el segundo fruto máspreciado que este planeta tenía para ofrecer. Su contenido representaba todo lo bueno que este planeta podía proporcionar al Imperio, así como todo lo *malo* si no ayudaba al General a asegurar el fruto *más valioso*, su gente, contra la Alianza.

Los dos últimos transportes de tropas se posaron en el aeródromo y apagaron sus motores subespaciales con un zumbido frustrado. Con sus reservas de combustible agotadas, no habría más viajes en busca de suministros hasta el *SRN Jamaran*. El General Hudhafah (*que Shay'tan alabe su infinita sabiduría*) había ordenado que toda la tripulación, salvo un equipo mínimo, evacuara el crucero de batalla y comenzara a colonizar el planeta. La rampa de popa se abrió. Miles de soldados corpulentos, que representaban a todos los planetas del Imperio -lagartos Sata'anicos, Catoplebas con aspecto de jabalí,

Marids de piel azul y docenas de otras razas- descendieron de las naves grises y escuálidas, llevando mochilas con poca munición y *poquísima* comida.

—¿Dónde está el comedor? —gritaron los recién llegados.

—¡En tu culo! —gritaron los veteranos terrícolas.

—Dijeron que habría más comida aquí.

—Claro... —los veteranos terrícolas señalaron hacia las montañas lejanas—. Sólo deben mover el culo y recolectarla.

Las botas de combate pisaban al unísono sobre el terreno de la nueva base militar construida a toda prisa mientras los sargentos de personal arreaban a los hambrientos hombres hacia una tienda marcada con la llave y la espada de su furriel [\[1\]](#).

Kasib caminó por el borde de la valla de alambre de púas. Esta era la campaña de suministro más difícil que había tenido que ayudar a coordinar a Hudhafah, a 12.000 años luz del puesto de avanzada Sata'anico más cercano, en total silencio de radio y bajo el máximo secretismo. Los humanos estaban tan enamorados de la tecnología Sata'anica que no tenían ni idea de lo *precario* que era el dominio que estos seres tenían en este planeta.

Una gota de aceite perfumado traspasó el tapón del jarrón de arcilla, llenando sus fosas nasales de un aroma afrutado.

¿Y si le diera una probada?

¡No! Los ancianos de la aldea se *lo* habían dado como una ofrenda de paz. Dependía de *él* convencer a Shay'tan de que los humanos cooperarían para evitar un sangriento desastre como el ocurrido en el *último* planeta que habían conquistado. El éxito era la única forma de ganarse el pináculo de los logros Sata'anicos: una esposa, una familia e hijos que llevaran su apellido con orgullo.

Un pelotón de Rompecráneos cargados de suministros recién obtenidos de una aldea de las afueras bloqueaba el portón. A juzgar por sus uniformes salpicados de sangre, la aldea había necesitado un poco de *persuasión* para suministrar tributos a la base.

Kasib suspiró. ¿Cuándo aprenderían estos hombres que "*usar la diplomacia*" significaba algo *más* que el gatillo de un rifle de pulso?

Hizo un rápido recuento del número de cestas. Aunque estaban repletas de botín, había poca *comida*.

—¿Es esto todo lo que han podido conseguir? —preguntó.

Los Rompecráneos le ignoraron.

—¡Soldados! —ordenó bruscamente—. ¿Serán capaces de conseguir más?

Dos de los fornidos soldados de infantería le miraron con desprecio.

—¡Miren! —dijo un musculoso Marid de piel azul—. ¿Un carne de cañón está tratando de decirnos cómo hacer nuestro trabajo?

—Sí —dijo el otro, un lagarto de cabeza plana con una cicatriz que iba desde su fosa nasal hasta su ojo— es tan pequeño, que tal vez podría usarlo para limpiarme el culo.

Los dos Rompecráneos estallaron en risas.

—Me llamarán *Teniente* —resopló Kasib con indignación. Los Rompecráneos sentían una terrible falta de respeto por cualquier oficial que no fuera capaz de darles una patada en el culo.

—Parece uno de esos chupatintas, ¿no? —espetó el Marid a Kasib con un dedo azul y musculoso hacia su pecho.

—¿Quizás deberías usarlo como papel higiénico cuando se te acabe en la letrina? —rió el lagarto de cabeza plana.

El Marid de piel azul agarró la preciosa urna.

—¿Qué tienes ahí?

Kasib la apartó de un tirón.

—¡Esto es un *regalo* para el emperador Shay'tan!

—¿Para Shay'tan, dices? —se ríó el lagarto—. ¡Este pequeñín dice que se comunica con el Emperador Shay'tan!

Todos los Rompecráneos estallaron en carcajadas profundas.

Un gemido agudo los cortó.

—¡*Ayağa kalk kaltak!* —gritó una voz humana.

—¡Déjenme pasar! —Kasib mostró sus colmillos—. ¡O pondré sus expedientes disciplinarios en el escritorio del general Hudhafah!

Retorció su cuello para que los dos idiotas pudieran ver el broche de oro que lo destacaba como *ayudante de campo personal* del general. La sangre se escurrió de la papada del lagarto de cabeza plana.

—No hablábamos en serio, Señor —dijo.

—Así es— dijo el Marid—. Sólo bromeábamos.

Los dos Rompecráneos se apartaron.

Murmurando sobre disciplina, Kasib se abrió paso a codazos entre el resto del pelotón. Bloqueando la puerta había un grupo de humanos vestidos con túnicas a rayas de colores. Su líder llevaba una bandolera de cuero [\[2\]](#) colgada sobre un hombro; pero en lugar de balas, docenas de pequeños cuchillos con mango de hueso estaban incrustados

en su correa de cuero. Sus hombres llevaban un arma que las tribus locales carecían: arcos y flechas. Un hedor nauseabundo obligó a Kasib a meter su larga y bífida lengua dentro de su boca.

—¿Por qué están *ellos* aquí? —le preguntó al Catoplebas con hocico de cerdo que custodiaba la puerta—. Acabo de llegar de la aldea. Todos los suministros deben ser comercializados *allí*.

—No *estos* —dijo el Catoplebas—. Sus aliados dijeron que requieren un manejo especial.

—¿*Cuáles* aliados? —Kasib miró de nuevo a los Rompecráneos salpicados de sangre.
— A los que usted les dijo que entrenaríamos a sus mujeres como esposas.

Kasib miró con incredulidad a los comerciantes. El secreto para colonizar cualquier mundo nuevo era convencer a la población indígena de que adoptara los ideales Sata'anicos. Controlando el acceso a las mujeres, y por tanto la reproducción, en una sola generación podían convertir hasta el planeta más hostil en un tributario fiable. Se lo había comentado a los ancianos de la aldea, ¡pero no estaban ni mucho menos *preparados* para comenzar la reeducación de las futuras esposas!

El guardia con cara de jabalí, cuyo parche con su nombre decía "*Katlego*", dio un brutal codazo a uno de los comerciantes.

—¡Apártense, cabezas de chorlito! —dijo en Kemet.

Los comerciantes se movieron.

En su centro se apiñaba una docena de mujeres aterrorizadas, escandalosamente vestidas con los brazos desnudos y la cara descubierta. Una de las mujeres, razonablemente atractiva, había caído, pero a juzgar por su ropa rasgada, se notaba que había sido maltratada.

—¡Torpe pedazo de mierda de cabra! —gruñó el líder—. ¡Sigue fingiendo que se tropieza!

—¡Lo siento! —sollozó la hembra. Los moretones marcaban su mejilla.

El líder de rostro cruel la agarró por el pelo.

—Si te rechazan —siseó por debajo de lo que *creía* que era el nivel de audición Sata'anico— ¡te llevaré al desierto y te cortaré el cuello!

La mujer chilló.

El comerciante comenzó a golpearla.

Todos los Rompecráneos rieron.

Kasib se precipitó hacia ellos y agarró al comerciante por el cuello.

—Shay'tan —mostró sus colmillos de cinco centímetros de largo— tiene *reglas* sobre cómo un hombre debe tratar a una mujer.

Aunque su tamaño era modesto, al menos comparado con el de los Rompecráneos, incluso un lagarto de altura modesta sobresalía por encima del hombre humano promedio. Levantó al hombre hasta que sus piernas colgaron.

Un fuerte olor a amoníaco llenó el aire. La orina bajó por la pierna del aterrado líder.

—S-se sigue cayendo —suplicó.

—Si sigues dándole *patadas* —gruñó Kasib— ¡*por supuesto* que se va a caer!

Los Rompecráneos ulularon—: ¡Así se hace, Teniente!

Kasib echó un vistazo a la nave espacial en tierra, y luego a los cabezas de chorlito a los que había obligado a apartarse. Por mucho que quisiera ganarse su respeto desmembrando al líder miembro por miembro, *necesitaba* a esos comerciantes para forjar una cadena de suministro local en un planeta primitivo que se encontraba a millones de años luz del corazón del Imperio Sata'anico.

Tanto si estaban preparados como si no, la cuarta fase de la invasión tenía que empezar cuanto antes.

—¿Cómo te llamas, comerciante? —preguntó Kasib.

—Rimsin —espetó el comerciante—. Hijo de Kudursin, de la tribu Amorita de Jebel Bishri. [\[3\]](#) Nos especializamos en el comercio de mujeres.

—Bueno, Shay'tan exige que disciplinemos a nuestras mujeres *con amabilidad* —gruñó Kasib—. Debes implorarla con la razón, y si eso falla, entonces la golpeas, suavemente, con un bastón. ¿Lo entiendes, *comerciante*?

—S-sí —chilló el comerciante.

—Bien —Kasib dejó al comerciante en el suelo y alisó su túnica multicolor—. Entrega estas mujeres al intendente por tres *dáricos* de oro cada una, y luego —señaló a las mujeres— tráeme todas las doncellas que puedas encontrar. ¡No más de *dos* por cada aldea!

—¡Gracias! —exclamó el comerciante.

Los Amoritas salieron corriendo por la puerta, abandonando a las mujeres para recoger su recompensa de oro. Al precio que acababa de ofrecer, estas mujeres serían las primeras de *muchas*.

Kasib buscó la urna de arcilla y se dio cuenta de que se le había caído. A sus pies, la mujer que acababa de rescatar tanteaba el terreno y recogía los preciosos frutos y los apoyaba en su seno.

—A-aquí tiene —se acercó a él.

En sus manos tenía tres pequeños frutos, magullados y cubiertos de suciedad, pero todavía tan dulces y con un olor salado como cuando Nipmeqa los había metido en el jarrón. La urna, en cambio, estaba irremediablemente agrietada. El aceite se había filtrado y desperdiciado en el suelo.

Kasib abrió el hocico para regañarla, pero entonces se dio cuenta de que...

...la mujer era ciega.

Lágrimas corrieron por las mejillas de la mujer mientras recogía la fruta restante.

—Está bien —mintió él—. Shay'tan es un dios *piadoso*.

Capítulo 2



*Y vió la mujer que el árbol era bueno para comer,
y que era agradable á los ojos,
y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría;
y tomó de su fruto, y comió;
y dió también á su marido,
el cual comió así como ella.*

Genesis 3:6

*Finales de junio - 3,390 a. C.
Tierra: Villa de Assur
Coronel Mikhail Mannuki'ili*

Tiempo presente...

MIKHAIL

El viento de Mesopotamia impulsó sus alas como si una amante que no había visto hacía mucho tiempo le acogiera en su cálido seno. Se arremolinó en círculos perezosos en una corriente ascendente antes del amanecer, subiendo y subiendo, hasta que el frío le provocó una punzada en la piel y su cabeza se mareó por la falta de oxígeno.

Por fin, los primeros y frágiles rayos de sol se dispararon sobre el lejano horizonte, aunque la tierra bajo él seguía envuelta en un apacible sueño. La luz besó su piel; brillante, deslumbrante y de color blanco dorado. Como los ojos de Ninsianna...

...al igual que el abrumador sentido del *deber* que se negaba a liberarse de sus recuerdos ausentes.

Acomodó las alas contra su espalda y se lanzó en picado.

Revoloteando y dando vueltas en un giro vertiginoso, su corazón se aceleró mientras disfrutaba de la sensación de caer libremente. El viento pasó rugiendo por delante de sus oídos, cayendo y cayendo, ahogando la voz regañona que chitaba:

"...completa la misión, completa la misión, completa la misión".

¿Qué misión? ¡Ni siquiera podía recordar su propio nombre!

El aire, cada vez más denso, le indicaba que había caído peligrosamente cerca de la tierra, pero el único momento en que se sintió realmente *libre* fue cuando se dejó caer. Sin abrir los ojos, desplegó sus alas en una parada que le hizo girar en el aire y le catapultó hacia arriba, de nuevo contra el viento.

¡Whoo!

Se sintió estimulante, pero nunca al nivel de un combate. Todo su cuerpo hormigueaba, como si por primera vez en su vida tuviera la capacidad de *sentir*.

Capturó otra corriente ascendente sobre el río Hiddekel. Le volvió a llevar por encima de la aldea dormida mientras el sol salía, pintando las paredes de adobe de Assur con deslumbrantes tonos de rosa y amarillo dorado...

...tal como la piel bronceada de Ninsianna.

Voló por encima de la puerta norte, pasando por delante de los centinelas que le dedicaron una expresión agria. Uno de los guerreros más jóvenes le saludó. El guerrero que estaba a su lado le dio un fuerte codazo en las costillas.

—Es un *enemigo* —siseó el guerrero.

—Pero el Jefe dijo...

—*No importa* —interrumpió el guerrero—. Si Jamin te ve, te romperá el cráneo.

Mikhail reprimió una punzada de irritación. Por mucho que las cosas hubieran cambiado desde ayer, casi todo seguía igual. Rozó la parte superior de la pared para que el viento de sus plumas hiciera caer el sombrero cónico del guerrero.

—¡Oye!

Se deslizó hacia la derecha, ignorando los improperios del hombre. Su sombra corrió por debajo de él, proyectando una gigantesca forma alada sobre el camino. Los aldeanos salieron a trompicones de sus casas y miraron hacia arriba, todavía desacostumbrados a verlo volar.

—¡Mikhail! ¡Mikhail!

Una de las aldeanas saltó extasiada, agitando una maltrecha lanza de madera. Mikhail levantó sus alas para planear sobre Pareesa. Ella se había despojado de la capa y faldellín de su hermano para ponerse su propio vestido-chalet, amarrado bien arriba en su cintura para liberar sus piernas.

—¡Me voy a entrenar! —dijo ella, levantando la lanza de su padre.

—¡Buena suerte! —gritó él.

—¿Te unirás a nosotros?

Sus poderosas alas lo mantuvieron en alto por sobre ella.

—Eso no depende de mí —dijo—. Depende del *Muhafiz*.

Pareesa lo miró con desconcierto y puso mala cara. Ambos sabían cuál era la probabilidad de que eso ocurriera. "*Cuando el Hades se congele*" y "*sobre el cadáver de Jamin*". Pero no era el trabajo de *la chica* ganar la batalla de Mikhail por el respeto.

Se despidió de su protegida y capturó una corriente ascendente que le llevó por encima del segundo anillo de casas. El viento golpeó sus plumas al descender al patio de Immanu.

La persiana de la habitación de Ninsianna estaba abierta de par en par. Con un cosquilleo de expectación, tomó los cubos de agua que había cogido previamente, antes de sucumbir al deseo de ver el amanecer *dos veces*, y se metió bajo el dintel de la casa de adobe.

Ella estaba de pie en la cocina, cual diosa doméstica, rebuscando en una cesta con su vestido-chalet envuelto con gracia sobre la curva de su espalda. Un rayo de sol la iluminaba con una gloriosa luz dorada. Él se puso de pie, con la lengua trabada.

—¡Mamá! ¿Dónde está la *a'alendra*?^[4] —gritó.

—Secándose en las vigas —la voz de su madre bajó desde el segundo piso.

Comenzó a hurguetear en el techo, lo que hizo que su vestido-chalet, artísticamente envuelto, se deslizara por un hombro mientras rebuscaba entre los manojos de hierbas secas; su aroma a hierba llenaba el aire.

—¡No la veo! —gritó.

—Está cerca de la *za'afaran*.^[5] —Needa gritó de vuelta.

Un pezón marrón asomó por la suave tela blanca, haciendo que los pantalones de Mikhail se tensaran incómodamente. Ella extendió la mano hacia un manojito de flores blancas secas.

—¡Aquí está!

Chocó con él, presionando sus cálidos y suaves pechos contra el plano de su estómago. El agua de los dos cubos salpicó su vestido, haciéndolo transparente. Sus ojos besados por la diosa se encontraron con los de él.

—Ninsianna... —él murmuró.

Ella se puso de puntillas con la cara levantada y los labios entreabiertos por la expectación. El aroma de la raíz de jabón llegó a las fosas nasales del alado. Se inclinó para besarla, pero el sonido de su madre bajando la escalera los separó. Needa bajó, acomodando su chador de color oscuro ^[6] para proteger su ropa contra ese mal común de los curanderos: la sangre, el vómito y la orina de sus pacientes.

—¿La encontraste? —preguntó Needa.

Ninsianna agarró el manojó de hierbas más cercano y lo apretó contra su pecho.

—S-s-sí, Mamá —su rostro se tiñó de rosa escarlata.

Mikhail movió un cubo para ocultar su erección.

—Puedes dejar eso en el *suelo* —Needa señaló el mostrador de madera— por ahí.

—Sí, Señora —dijo, con la voz cargada de culpa.

Needa enarcó una ceja mientras él se movía hacia un lado, todavía sosteniendo el cubo, y luego se echó hacia atrás, con una de sus grandes alas curvada hacia delante para ocultar discretamente sus *intenciones* hacia su hija.

Ninsianna soltó una risita.

—Eso es *borraja* [vi](#) —su madre la interrumpió—. No *a'alandra*. Hay que *sedar* la respiración de la anciana, no hacer que quiera correr una carrera.

—Sí, Mamá —Ninsianna dijo dócilmente. Cogió su cesta y salió corriendo por la puerta principal. Sus deliciosos labios rosados formaron la promesa—: nos vemos *más tarde*...

—Y en cuanto a *ti* —Needa señaló la mesa—. Yalda y Zhila vinieron mientras tú estabas ahí arriba... —hizo girar el dedo en el aire para indicar sus acrobacias aéreas— fanfarroneando. Trajeron tu parte del premio.

—¿Mi premio? —se quedó momentáneamente en blanco.

—De ayer —dijo ella—. Después de que te fueras volando con mi hija —le dirigió una mirada severa —el Jefe concedió tu premio a tus *patrocinadores*.

Su cara se sonrojó, pero estaba *seguro* de que nadie le había visto besar a Ninsianna - había tenido los medios para llevarla río arriba antes de sucumbir al impulso- y luego, el resto de la noche, habían interpretado los papeles platónicos de "Geshtinanna y Damuzid" delante de todo el pueblo.

Su madre señaló una pequeña urna de barro. A diferencia de los jarrones de barro que contenían sus embrocaciones de curandera, este había sido cocido con la más fina arcilla amarilla ocre, y luego decorado con símbolos de color marrón oscuro.

Mikhail lo cogió.

—¿Qué es? —preguntó.

—Lo vas a compartir con nosotros, ¿no? —dijo con esperanza—. Después de todo, somos *nosotros* los que te hemos estado alimentando.

—Sí, Señora —dijo él con culpabilidad.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Needa. Él se había estado esforzando, tratando de ganarse el sustento, pero por fin, ayer, había *demostrado* que era bueno en algo.

¿En qué? Matar...

—No hay ninguna manera de que Jamin te permita acercarte a sus hombres.

—Pero me vieron *vencerlo*. ¿Eso no cuenta?

—Ábrela —dijo Needa señalando la urna.

Quitó el tapón de madera. Exactamente a la mitad se encontraba un grupo de pequeños orbes marrones, empapados en su propio aceite dorado.

—¿Qué son? —eligió uno.

—Aceitunas —dijo ella.

Lo olfateó.

—¿Son frutas o verduras?

—Frutas —dijo ella.

—No huelen *a* fruta.

—Son frutas —resopló ella.

Levantando una ceja escéptica, se llevó el orbe a los labios. Tenía un aroma como a cebada recién cortada, a hojas de palmera datilera picadas y quizás un poco a mantequilla. Una gota de aceite dorado se deslizó por su lengua, parcialmente salada, parcialmente dulce, con el sutil matiz de un poco de especias...

—Adelante, Pruébalo... —le miró con envidia.

Se lo metió en la boca.

—Sólo ten cuidado con el...

Lo mordió.

—¡Ouch! —sus dientes golpearon algo duro.

—...cuesco —terminó ella.

—Gracias por advertirme —refunfuñó él.

La fruta se desintegró en su lengua. Definitivamente no era como una fruta, pero tampoco era como una verdura. Le recordaba a... ¡¡¡*gah!!!* No podía recordarlo. El recuerdo acechaba en su subconsciente, despertando una impresión de música y luz.

Sabía a amanecer. El que acababa de presenciar, dos veces.

Volvió a meter la mano en el frasco.

—Saben mejor con pan plano —Needa señaló una cesta de pan que sólo podía haber salido del horno de Yalda, envuelta en un paño de lino limpio.

Al meterse una segunda fruta en la boca, gimió de placer cuando los jugos salados estallaron en su lengua. Una gota de aceite corrió por su barbilla. Olió el pan aún caliente antes de arrancar un trozo para untarlo con el aceite de oliva.

Needa refunfuñó y señaló el banco.

—Mientras te ocupas de atiborrarte —dijo— déjame revisar tu ala.

Estiró el ala como un ganso que desnuda su cuello para el hacha del cazador, el ala que se había roto y retorcido hacia atrás cuando su nave se estrelló. Si no fuera por Ninsianna, no estaría vivo, pero si no fuera por el considerable talento de su madre, aún estaría condenado a usar un bonito pero inútil plumero. Buscó otra aceituna mientras los experimentados dedos de la curandera escarbaban bajo sus plumas para explorar donde los huesos se habían vuelto a unir.

Needa le dio un suave golpe en el lado de su cabeza.

—¿Eh? —exclamó.

—Guarda un poco para el resto de nosotros, gran zoquete —dijo ella medio en serio—. ¡Nos estás dejando en la ruina!

—¡Perdón! —murmuró él a través de un bocado de pan plano, desvergonzadamente.

Hizo una mueca de dolor cuando Needa le pinchó en el lugar donde el tendón principal que le permitía volar se había vuelto a unir al hueso.

—¿Te duele? —preguntó ella.

—Sí... —admitió él.

—¡Eso es porque se supone que no deberías haber hecho tu primer vuelo con mi hija a cuestas!

Lo reprendió por segunda vez.

—¡Ninsianna se lo buscó! Me llenó de barro.

Reprimió una sonrisa. Cuando terminó de correr el circuito, ¡él estaba mucho *más* embarrado que *ella*!

Needa le pidió con un gruñido que pusiera su ala en una posición más cómoda. Se sentó frente a la mesa y lo miró con una expresión ilegible mientras mojaba un trozo de pan plano en el delicioso aceite. El silencio se hizo ensordecedor mientras ella masticaba.

Finalmente, habló:

—¿Ninsianna te quiere?

Una oleada de culpa le golpeó las tripas. Había hecho una promesa a sus padres, pero todo lo que había hecho desde *ayer* era actuar como un jabalí en celo.

—Eso no volverá a suceder —dijo miserablemente.

—Eso no fue lo que pregunté.

—¿Qué *está* preguntando?

—¿La *quieres*?

—Mucho... —respondió con sinceridad.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

¿Hacer? ¿Qué *hacían* los hombres cuando una mujer se había convertido en su corazón y alma? O, lo que es más importante, ¿qué hacía un Angelical, que no poseía *ninguna* habilidad comercial tangible, cero posesiones personales (excepto un rifle de pulso sin potencia, una nave espacial en ruinas y una espada), y que no tenía recuerdos sobre quién era o cómo había llegado hasta aquí, cuando se estrellaba en un planeta primitivo y se enamoraba de la mujer que le había salvado la vida?

—Nada —dijo con voz dudosa—. Le di a Immanu mi palabra de que no...

—Pídele —interrumpió Needa.

—¿Pedir qué?

—Pídele autorización a Immanu para cortejar a su hija.

—Pero... él... me hizo... prometer... —su ceño se frunció, perplejo.

Ella tomó su mano y la apretó.

—Sólo temíamos que nos *quitaras* a nuestra única hija —dijo ella—. Promete que te quedarás, e Immanu cederá.

—¡No puedo! —gritó—. ¡No puedo recordar quién soy!

—Pero sabemos *cómo* eres —dijo ella.

—¿Un inepto social? —se burló él—. ¿Sin habilidades comerciales viables?

—Tratas a todo el mundo con respeto —dijo ella— desde la anciana más humilde hasta el ciudadano de más alto rango de este pueblo. Amas a nuestra hija —hizo una pausa, como retándole a contradecirla, y luego continuó— y no tienes miedo de *trabajar*.

—Soy un *soldado*... —dijo él moviendo su placa de identificación—. Un soldado sin ejército. ¿Y si llega una nave y me ordenan volver al servicio?

—¿Volverías?

—¿A la milicia?

—*Aquí* —dijo ella—. ¿Querías volver *aquí*, para estar con mi hija, cuando hayas terminado?

—¡Por supuesto! —exclamó él—. Lucharía contra el propio Shay'tan para volver por ella.

Se aferró a la palabra *Shay'tan* y al sentido de *misión* que el nombre provocaba, pero el recuerdo desapareció tan pronto como la palabra pasó por sus labios.

—¿Y si sales ahí fuera —Needa señaló el techo— y descubres que el mundo del que vienes es mucho más interesante que este?

—No creo que haya *nada* más interesante que Ninsianna.

—¿La abandonarías alguna vez?

—¡No, a menos que esté muerto!

Needa cogió otro trozo de pan plano y lo mojó en el aceite. Miró más allá de él, hacia su propio y lejano pasado.

—En la época en que nació Ninsianna —dijo— estábamos en guerra con los Uruk. Immanu siempre estaba lejos.

—¿Pero regresó, obviamente?

—Lo hizo —dijo ella—. Pero me costó mucho tiempo convencerle de que su lugar estaba con su *familia* y no allá afuera —hizo un gesto con la mano— persiguiendo todos los caprichos de la diosa.

Mikhail guardó silencio.

—No recuerdo a mi familia —dijo afligido.

—¿Pero es obvio que *tuviste* una?

Se palpó el bolsillo del pecho, donde *solía* guardar una figura de madera tallada. *Un juguete de niño...* Torpemente tallado, chamuscado y roto. Sospechaba que había sido tallado por su propia mano. Lo había dejado en la nave porque le producía una sensación de pena incorpórea.

—¿Y si ya *tengo* una esposa? —se dio unos golpecitos en los puntos sanos de su cuero cabelludo—. No la recordaría, ¿verdad?

—¿Qué te dice tu corazón? —preguntó Needa.

—¿Mi *corazón*?

—Sí. Le señaló el pecho con un dedo—. Cuando miras a las estrellas, ¿sientes que falta alguien?

Eligió sus siguientes palabras con cuidado, no porque quisiera *engañarla*, sino porque la sensación de que había olvidado algo era tan vaga que no podía expresarla con palabras.

—Cuando estoy con Ninsianna —dijo con sinceridad— es la única persona en la que puedo pensar. Pero a veces...

—*Ojos negros, asomando desde un arbusto.*

—Una voz de niño...

—¡Mikhail, ven a buscarme!

—Separo las hojas, pero ella no está...

Se levantó del banco y comenzó a caminar.

—¿Tienes dudas? —preguntó Needa.

—Dudas no —dijo él— *siento* que...

Se giró, ajeno a la forma en que sus plumas golpeaban los fardos de hierbas de los estantes, tratando de nombrar las emociones que sentía como si siempre hubieran estado congeladas, pero el cálido sol de Ninsianna había dejado al descubierto el más mínimo rincón de algo aterrador.

—Sé que debo *hacer* algo —dijo—. Terminar algún tipo de misión. Siento que...

Volvió a sentarse y apoyó su cabeza en sus manos. ¿Cómo podía explicar que Ninsianna lo hacía feliz? Que, hasta que la conoció, no creía haberse sentido feliz en su vida, porque la sensación era tan desconocida... Pero siempre que ella estaba lejos, le susurraba una abrumadora sensación de *deber*: *Completar la misión*.

—Me temo —decía su voz— que seguir mi corazón está *prohibido*.

Needa le dio una palmadita afectuosa en la mano.

—¿Por qué tu dios prohibiría a sus Angelicales casarse?

—No lo sé.

—No puedo imaginar a *un* dios tan cruel.

Recogió su cesta de curandera, y luego apretó el borde delantero de su ala.

—Bueno, si quieres sentirte *útil* —señaló la puerta del patio— debes saber que la cabra se ha vuelto a escapar de su corral.

Needa salió por la puerta para realizar su ronda de curandera.

Mikhail sacó sus placas de identificación y las sostuvo a la luz.

Coronel Mikhail Mannuki'ili

352d SOG

Fuerza Aérea Angelical

Segunda Alianza Galáctica

Con la otra mano, cogió una aceituna y la sostuvo al lado de sus placas de identificación, las cuales brillaban lisas y plateadas, pero el aceite que recubría la aceituna

captaba la luz del sol, fructífera y madura, dándole la misma luminiscencia que los ojos besados por la diosa de Ninsianna.

Ahora que podía volver a volar, ¿qué podía hacer para ganarse el sustento?

Además de matar...

¿Y por qué se sentía tan ansioso por una misión que no podía recordar?

Capítulo 3



Fecha Galáctica Estándar: 152.323,06

Zona Neutral: Portaviones Diplomático "Príncipe de Tiro"

Primer ministro Lucifer

LUCIFER

Entre el imperio de Shay'tan y la Alianza Galáctica yacían los restos destrozados de lo que alguna vez fue un tercer imperio. Triturado y destrozado por los dos titanes adyacentes, su único propósito en la actualidad era servir de amortiguador estratégico, un lugar en el que se llevaban a cabo "negocios no oficiales", cosas que los personajes más influyentes no querían que sus gobiernos supieran.

Entre el cinturón de asteroides de lo que alguna vez fue su planeta capital -hasta que alguien [**cof, cof, su padre adoptivo**] decidió mandarlo a la mierda- reposaba la nave insignia de la Alianza, el "Príncipe de Tiro". Larga y elegante, tenía un toque orgánico en la forma en que se estrechaba desde su nariz hasta su aleta, en sus antenas estilo pez gato y en su cola, que terminaba en un par de aletas.

Una mano ruda sacó a Lucifer de su pesadilla.

—¡Lucifer, despierte! —exclamó su Jefe de Estado Mayor, Zepar— ¡Tengo maravillosas noticias!

Una migraña que le partía el cerebro se clavó en el cráneo de Lucifer. Rodeó su cuerpo con sus alas blancas para protegerse de la luz y se agarró la frente para que su materia gris no se derramara sobre las sábanas. ¿Dónde estaba? ¿Qué era lo último que recordaba? Y, ¡oh dioses! Olía *muy mal*...

Palpó la cama a su lado, pero ya se había enfriado.

—¿Dónde está? —graznó desde la seguridad de su "capullo" de plumas.

—¿Dónde está quién? —preguntó Zepar.

—Mi esposa... —acarició sus sábanas de satén—. Recuerdo claramente que me casé ayer.

Abrió la mitad de un parpado -lo suficiente para ver la expresión amargada de Zepar- y se estremeció cuando una puñalada de luz amenazó con derretirle el cerebro.

—Eso fue hace cuatro días —Zepar lo sacudió de nuevo—. ¡Lucifer! El doctor Halpas acaba de hacer las pruebas. ¡Su semilla ha cuajado! ¡La raza que dio origen a su especie es fértil!

—¿Fértil? —Lucifer se levantó de golpe—. ¿Quieres decir que el doctor cree que mi padre podría hacer algo con su genoma?

—No —Zepar se inclinó para que sus ojos azules como el cielo estuvieran a la altura de los suyos—. Fértil, o sea que esa *cosa* está portando a su hijo.

—¿Mi hijo? —Lucifer frunció el ceño—. Ni siquiera recuerdo haber hecho el amor con ella.

—¿Hacer? ¿El amor? —las alas de color beige sucio de Zepar temblaron de risa—. ¿Con *eso*?

La ira rugió en las tripas de Lucifer.

—¿Te recuerdo que "eso" es mi *esposa*!

—¿Su *esposa*? —Zepar soltó una risa cruel—. ¡Ese *animal* intentó arrancarle los ojos!

—¿Mis ojos? —se palpó la cara, pero la sentía tan suave y perfecta como siempre.

—¿No recuerda? —preguntó Zepar—. No me diga que ha tenido otro desmayo.

El terror se apoderó de las tripas de Lucifer.

—Nooo... —mintió—. Es que he bebido demasiado.

—Bien —dijo Zepar—. Porque será el hazmerreír de la Alianza cuando descubran que su nueva "esposa" no es del todo sintiente.

—¿No es sintiente? —Lucifer se pellizcó el puente de la nariz—. Pero ella me habló, recuerdo...

Aquella *niebla* que a veces experimentaba cada vez que discutía con Zepar le apuñaló el cerebro. La lengua le sabía como si alguien hubiera vertido una espesa espuma blanca en su boca antes de llenársela de bolas de algodón.

—¿Qué recuerda? —preguntó Zepar.

—Nos encontramos con Ba'al Zebub —dijo débilmente.

—¿Y...?

—Trajo una hembra sin alas que, *según él*, correspondía a la raza raíz que mi padre utilizó para diseñar nuestra especie. Él *afirmó* que mi padre les abandonó para que murieran —Lucifer frunció el ceño.

—Eso es cierto —dijo Zepar—. Shay'tan *insistió* en que no se la entregaría a usted menos que se casara con ella.

¿Casarse? Sí. Lo recordaba.

—Me *casé* con ella, ¿no? —sonrió—. ¡Y en nombre de Shay'tan! No puedo esperar a ver la cara de mi padre cuando...

—¡Sólo era una farsa! —Zepar apuntó uno de sus dedos hacia él con furia—. Shay'tan sabe que estamos desesperados, así que le deshonró.

—Pero ella me *habló* —Lucifer juntó sus cejas rubias-blancas.

—¿Habló? —Zepar soltó una carcajada burlona—. Usted mismo se puso furioso cuando volvió al transbordador y se dio cuenta de que ella no podía obedecer ni una simple orden.

Lucifer se levantó temblorosamente y se tambaleó hacia el baño, cerrando la puerta en la cara de su Jefe de Estado Mayor. Su mente daba vueltas mientras vaciaba el contenido de su vejiga. ¿No era un ser sintiente? ¿Cómo es posible que la raza raíz de su especie no fuera totalmente sintiente? Tanto ellos como la humanidad descendían de los Nibiruianos, pero 74.000 años era mucho tiempo para que se produjera una deriva genética, especialmente cuando el mundo natal de una especie había sido destruido.

—*Fueron devueltos a la Edad de Piedra* —le había dicho Ba'al Zebub—. *Una colonia-prisión, llena de rechazados violentos. Hashem tenía otros doce planetas llenos de supervivientes más dignos, así que cedió el decimotercer mundo a Shay'tan.*

¿Pero qué había pasado *después*?

¿Y por qué su recuerdo de la belleza de piel de ébano era tan confuso?

Tembloroso, se sentó en su "trono" de porcelana y se agarró la frente. ¿Qué *había* dicho su padre sobre Nibiru?

¿Criminales?

No...

El Emperador *afirmaba* que había transformado un planeta belicoso en una utopía pacífica, lo que significaba que había retocado su ADN para reducir su agresividad natural y, muy probablemente (porque siempre lo hacía), había aumentado el intelecto natural de la especie.

Pero después de *evolucionar*, ¿podría la raza raíz de su especie *involucionar*?

Sí. Después de todo, le había ocurrido a *su* especie, ¿no? En los 152.000 años transcurridos desde que Hashem había injertado alas en un genoma Nibiruiano, no sólo habían perdido la capacidad de reproducirse, sino que ahora estaban en el umbral de la extinción.

¿Pero *no sintientes*?

Se miró su pene dormido. Él era muchas cosas, pero si de algo se enorgullecía era de causar una impresión duradera en las damas. De ninguna *manera* se habría cogido a un animal no sintiente. Y obviamente lo *hizo*, porque la mujer ahora estaba embarazada...

Embarazada...

¡Su esposa estaba *embarazada*! Después de 225 años de disparar “balas de fogeo”, ¡por fin había engendrado un heredero!

Se metió en la ducha, se acicaló sus alas blancas como la nieve y despejó el vaho del espejo para poder mirar su reflejo. Lo que recordaba de la noche anterior, ¡casi! Cuatro noches atrás, lo que recordaba de su *novia* era que era alta y regia, con una deliciosa piel de ébano. ¿Y qué si no era la estrella más brillante del cielo? Le iba a dar un hijo.

No... ella estaba haciendo *más* que eso. Su mera existencia significaba que la especie de Lucifer finalmente tenía esperanza. Ya no estarían al borde de la destrucción. Si eran lo suficientemente compatibles genéticamente como para reproducirse, ¡él nunca más tendría que arrastrarse ante su padre adoptivo!

Se puso debajo del secador para esponjar sus plumas blancas como la nieve, y luego abrió la puerta, con un humor exuberante. ¡Sería el salvador de su especie!

Su Jefe de Estado Mayor le esperaba fuera.

—La Comandante-General Suprema Jofiel acaba de llamar de nuevo —dijo Zepar—. Está pidiendo...

—No me *importa* lo que la perra quiera... —Lucifer lo interrumpió—. ¿Dónde está ella?

—¿Jofiel?

—No —espetó Lucifer—. ¿Dónde está mi *esposa*?

Pasando por delante de él, se dirigió a su armario y rebuscó en su colección de trajes confeccionados a mano. ¿Qué debía ponerse para *ver* a la mujer con la que se había casado? A las mujeres de la Alianza les gustaban los hombres sofisticados y en forma...

¿Pero qué les gustaba a las *mujeres* humanas?

Revisó animosamente su vestuario como un adolescente, ignorando los frenéticos parloteos de Zepar sobre su archienemiga, la Comandante-General Suprema. El mundo natal de los humanos era primitivo, así que lo más probable era que su mujer se sintiera atraída por alguien con aspecto protector... Como el perro de ataque de su padre, ese desagradable Serafín que, gracias a los dioses, había desaparecido en combate.

Sacó el traje que usaba siempre que se veía obligado a tratar con una especie bélica, el que acolchaba sus hombros y contrastaba con su pelo rubio-blanco y sus alas blancas

como la nieve. A la mayoría de los primitivos les gustaba el oro, así que se colocó su reloj más grande, y luego... ¡oh, qué demonios! Agarró sus hombreras de oro macizo. [8]

—¿Qué está *haciendo*? —Zepar parecía incrédulo.

—Se ha casado con el Primer Ministro de la Alianza —se colocó su armadura ceremonial con forma alada en la parte superior de su traje—. Quiero que sepa que acabo de convertirla en la Reina del Cielo.

—Pero ella no...

—¡Silencio! —Lucifer levantó un dedo—. ¿Dónde está ella?

—La dejamos en un cuartel de tropas vacío —dijo Zepar—. El doctor Halpas pensó que sería menos destructiva si le dábamos espacio para vagar.

—¿Para vagar? —Lucifer se rió con ganas—. ¡Le daré todo mi imperio como su patio de recreo!

A modo de colonia, se roció con un afrodisíaco almizclado que había sido diseñado químicamente para imitar las feromonas de un macho alfa, y luego salió con rapidez de sus aposentos. Tal y como esperaba, los dos "matones" Angelicales de Zepar, Furcas y Prufas, permanecían de pie como un par de estatuas de ojos fríos justo al lado de su puerta, grandes y corpulentos e increíblemente estúpidos.

—*Aquí está la prueba viviente de que es posible involucionar* —murmuró Lucifer.

Con Zepar persiguiéndole, medio saltó, medio voló por los pasillos de techos altos, pasando por delante de su tripulación, hasta los niveles inferiores. A diferencia de la *mayoría* de las naves militares de la Alianza, él se transportaba en su nave con una tripulación reducida. Aparentemente era porque temía ser asesinado, pero la *verdadera* razón era que le gustaba recordar, cada vez que sentía la tentación de renunciar a una política comercial, que quedaban *pocos* de su raza.

Y ahora tenía una esposa...

Una esposa *humana*...

Una esposa que estaba embarazada.

¡Por fin tendría un hijo!

Llegó al dormitorio de tropas vacío.

—¡Fuera de mi camino! —ordenó a los dos insignificantes de bajo rango que Zepar había sacado del calabozo de algún otro portaviones. Al igual que la mayoría de su tripulación, no eran los más brillantes ni los mejores, pero eran chantajeables y, por lo tanto, totalmente leales.

—¡Señor! —los dos hombres se apartaron.

—¡Lucifer, espere! —gritó Zepar.

Con un arrumaco, Lucifer desplegó sus alas para parecer "protector" y se deslizó dentro de la habitación.

—¡¡¡¡Arrrrghhhh-iyah!!!!

Un objeto metálico y plano voló hacia su cabeza.

—Eh, ¡espera!... —gritó cuando la bandeja hirió su cuero cabelludo.

Le siguió inmediatamente una pieza de fruta madura. Con sus potenciados reflejos Angelicales, la atrapó antes de que salpicara sus hombreras con forma de ala. Un chillido inhumano le desgarró el subconsciente. Un TERROR que claramente no era suyo se abalanzó sobre él como un asesino con capacidad atómica de matar.

—¡¿Qué demonios?! —se tapó los oídos con las manos.

Uno de los "dones" que había heredado de su madre mitad Serafín era la capacidad de leer a las personas, de *ver* literalmente en sus mentes y vislumbrar sus mayores esperanzas y temores. Imágenes violentas saltaron a su mente, como el balido de un animal de granja pidiendo clemencia antes de ser degollado en el matadero [\[9\]](#).

Se inclinó hacia delante, con las alas cruzadas delante de él para protegerse del horrible ruido. Lucifer saltó cuando una mano le tocó el hombro.

—¿Puedes hacer que pare? —suplicó.

—Le *dije* que no era un ser sintiente —dijo cáusticamente Zepar—. La próxima vez, ¿quizá confíe en mí?

El chillido se calmó, sustituido por un canto gutural.

Iblisi, iblisi, iblisi... [\[10\]](#)

Sea lo que sea que significara *iblisi*, se lo estaba dedicando a *él*.

Separó un ala y miró a la criatura. Su piel negra como el ébano brillaba magníficamente contra su reluciente vestido de novia Sata'anico, bordado con suficientes piedras preciosas capaces de igualar el valor de todo un reino, pero tenía grandes marcas de garras, como si se lo hubiera arrancado ella misma...

...o un enorme depredador.

La mujer se arrastró hasta la litera más lejana posible y se agachó en posición fetal. Sus ojos parecían vacíos mientras agitaba las manos frente a su cara, entonando ese terrible sonido.

Iblisi, iblisi, iblisi...

—Señor Primer Ministro —Zepar lo llevó más cerca— permítame presentarle a su esposa.

Lucifer acomodó sus alas contra su espalda, deseando *feroientemente* haber llevado un traje menos intimidante. La mujer chilló. Ya no era dócil y hermosa, sus ojos huecos le recordaban a un animal salvaje y enjaulado.

—¿Te acuerdas de mí? —le dijo en un tono tranquilizador—. Nos casamos ayer, ehm, hace cuatro días.

Escuchó los anhelos subconscientes que su "don" le permitía percibir bajo el discurso de todas las criaturas sintientes, incluso de las mínimamente inteligentes, pero no encontró absolutamente nada. No era más que ruido.

Le tendió la fruta que ella le había lanzado, una *úll* roja y madura, [\[11\]](#) una de las frutas más deliciosas de la Alianza.

—¿Tienes hambre? —fingió dar un mordisco—. ¡Sabe muy deliciosa!

La sostuvo hacia ella mientras proyectaba imágenes de ambos compartiendo una comida, algo que normalmente funcionaba incluso con especies menores, pero la hembra siseó y se escabulló hacia la esquina opuesta de la habitación.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Sospechamos que Ba'al Zebub la sedó para que no le sacara los ojos —dijo Zepar—. Por eso insistió en que usted se apareara con ella de inmediato.

Una sensación de decepción se instaló en las tripas de Lucifer cuando todos sus sueños de amor, matrimonio y familia *se esfumaron*. Por alguna razón, había pensado que la mujer era más inteligente, aunque no recordaba haberse apareado con ella. Ningún recuerdo en absoluto.

—¿Seguro que está embarazada? —dijo temblorosamente.

—Sí —dijo Zepar—. Le pedí al doctor Halpas que confirmara que el embrión es genéticamente *suyo*.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—Mi hijo... —se le quebró la voz—. ¿Nacerá *defectuoso*?

Nuestras pruebas indican que sus genes superiores serán dominantes —dijo Zepar—. Su hijo tendrá un coeficiente intelectual correspondiente a un ser sintiente.

—¿Así que será inteligente?

—Probablemente no tanto como *usted* —dijo Zepar— pero el Emperador siempre manipula la inteligencia para que sea un rasgo de supervivencia en sus creaciones.

—¿Y qué hay de mis alas?

—Bueno... —Zepar agitó sus *propias* alas de color beige sucio—. Su *padre* hizo un total milagro al injertar el ADN aviar en un chasis humano. El gen es recesivo.

Las alas de Lucifer cayeron.

—¿Entonces no heredará mis alas?

—Probablemente no —dijo Zepar—. Sabíamos que eso era un problema cuando él utilizó a los Nibiruianos para “refrescar” su patrimonio genético. Pero todos los demás rasgos Angelicales parecen ser dominantes.

—¿Hombre? —Lucifer se animó—. ¿Sabes su sexo?

—Sí, Señor —dijo Zepar—. Puede cruzarlo con cientos de hembras Angelicales y la mayoría de sus nietos tendrán alas, sólo que sin los problemas de fertilidad que tanta endogamia para mantenerlas ha creado en nuestra especie. El gen está ahí. Sólo es recesivo.

Lucifer se pellizcó la barbilla, sumido en sus pensamientos. Obviamente, no podía llevar a la *mujer* ante el Parlamento. Sería el hazmerreír de dos imperios. ¿Pero y qué pasaría con su hijo?

—¿Cuánto falta para que dé a luz? —preguntó.

—Nueve meses —dijo Zepar.

—¿Qué se supone que debo hacer mientras tanto?

Un hilillo de sangre goteó de un corte sobre su ojo, sobre sus hombreras doradas y la tela horriblemente cara de su traje de diseño. Con una maldición, Lucifer lo limpió. ¡¡¡Nunca más Shay'tan lo engañaría haciéndole creer que el origen de su especie era sintiente!!!

Zepar le puso una mano tranquilizadora en el hombro.

—Lucifer —utilizó una voz paternal—. Lleva 225 años intentando engendrar un hijo. ¿Será tan terrible, si su hijo aparece ante el público luciendo como el Emperador Eterno? ¿Un macho humano, sin alas?

Lucifer olfateó la fruta magullada que su flamante "esposa" le había lanzado. Exótica y madura, casi podía *ver* el comunicado de prensa: “*Lucifer engendra un hijo que se parece al Emperador Eterno; afirma que es una señal de Ella-Quien-Es*”. Haría circular la propaganda como un *homenaje* a su padre adoptivo al presentarse ante el Parlamento, acunando a su hijo recién nacido, y le pediría que abriera sus arcas para poder arreglar sus ejércitos híbridos.

Mostró a Zepar una débil sonrisa.

—No tengo que enseñarles a la *madre*, ¿verdad? —preguntó.

—Lo único que les importa es su hijo —dijo Zepar.

Su hijo...

Sí. Su *hijo*...

Diría que la mujer había sido criada como las mujeres Sata'anicas, confinada en un harén. Dada la política de su padre sobre la libertad de culto (mientras *él* siguiera siendo una deidad, y los dioses "menores" fueran degradados al rango de "santos"), podría restregarle en la cara la hipocresía de su padre, que era lo que Shay'tan pretendía.

Lucifer se rio.

—El viejo dragón fue más astuto que nosotros —dijo.

—Pero eso no es necesariamente *malo* —dijo Zepar.

—¿No lo es?

—No —dijo Zepar—. Según el Señor Ba'al Zebub, si hacemos los favores adecuados...

—Quieres decir *sobornos* —dijo Lucifer.

—Sabe perfectamente lo que quiere decir —dijo Zepar.

—¿Y bien?... —Lucifer esperó.

—Ba'al Zebub cree que puede convencer a Shay'tan de que libere a algunas *otras* hembras para los hombres de alto rango que han estado experimentando... digamos... *dificultades*.

—¿Quieres decir infertilidad?

—Sí.

—¿Por qué haría eso? —Lucifer comenzó a sospechar—. Es conveniente para Shay'tan que *no* nos reproduzcamos. Pone a nuestros ejércitos en igualdad de condiciones.

—El Imperio Sata'anico está ansioso por asegurar más tratados de comercio.

Lucifer comenzó a caminar con ansiedad.

—¡Hashem no lo permitirá! Simplemente vetará la ley.

—Entonces anúlela —dijo Zepar.

—¿Cómo? —dijo Lucifer con amargura—. Mi padre tiene mucho apoyo. ¡La única razón por la que conseguí que aprobaran la *última* fue porque nadie quería enviar a *sus* hijos a morir en nuestro lugar!

—*Por eso* Ba'al Zebub cree que Shay'tan lo aceptará —dijo Zepar—. *Enfurece* al viejo dragón que su adversario lo *derrote* constantemente usando un ejército de esclavos genéticamente diseñados.

—Como si *él* fuera mejor —refunfuñó Lucifer.

—Por eso *usted* le dijo a Ba'al Zebub que emparejaría a las mujeres humanas con hombres igualmente afligidos —dijo Zepar—. Le hará cosquillas a Shay'tan pensar que la carne de cañón de Hashem *está contrayendo matrimonio* en nombre de su enemigo.

—¡Eso sería una rebelión! —sintió una tensión en su estómago—. *Sabes* lo que mi padre le hizo a la última persona que dividió su ejército.

"Tu -verdadero- padre".

Apartó ese pensamiento de su mente.

—¿Rebelión —Zepar rio— ¿Quién dijo algo sobre una rebelión? Usted sólo usaría medios lícitos para ganar apoyo para una política *comercial*.

Lucifer puso sus manos en sus labios. ¿No sería una rebelión? El matrimonio entre híbridos estaba prohibido mientras estuvieran obligados a servir, y tampoco se les permitía casarse con un ciudadano de la Alianza, pero no había leyes específicas que les prohibieran casarse con un ciudadano Sata'anico, porque la idea era tan absurda que nadie lo había hecho nunca. Jofiel lo vería como una traición, por supuesto, pero ¿a quién le importaba lo que pensara la *perra*? ¡Cada dos años, ella daba a luz a otro bebé cronométricamente! Pero, ¿y los generales por debajo de ella? Muchos eran infértiles, y la *mayoría* la veía como una trepadora. Y lo que es más importante, ella había desterrado a sus detractores más poderosos para defender planetas lejanos que *dependían* de esos ejércitos moribundos para mantenerse a salvo.

Planetas que tenían todos un voto.

—Lo haré —dijo—. Los generales están tan desesperados por tener descendencia que se cogerían hasta a una babosa.

Lanzó la fruta al aire. Todo lo que tenía que hacer era convencer al Parlamento de que le diera suficientes concesiones comerciales para que Shay'tan le diera unos cuantos "regalos" más. ¿Y si el viejo dragón renegaba? ¡Pues simplemente ordenaría arrasar con los ejércitos moribundos de Hashem en el recién redescubierto mundo humano y arrancaría el planeta de las codiciosas garras de Shay'tan!

Lucifer se rio.

Zepar era un bastardo intrigante, pero sólo *él* podía elaborar un plan lo suficientemente audaz como para no sólo resolver el problema de la fertilidad de los híbridos, sino también para tocar las narices de *ambas* deidades ascendidas.

Olfateó la fruta que su "esposa" le había lanzado.

Todo lo que necesitaba era un par de mujeres humanas más, y entonces podría *tentar* a los más influyentes de la sociedad a dar un mordisco.

—Contacta con Ba'al Zebub —le dijo a Zepar—. Dile que tomaré todas las mujeres que pueda darme.

Mordió la deliciosa y dulce fruta hasta que los jugos corrieron por su barbilla.

Capítulo 4



Finales de junio - 3,390 a. C.

Tierra: Villa de Assur

NINSIANNA

Justo antes de llegar a Assur, el río Hiddekel se ensanchaba, dejando una larga y perezosa extensión de agua. En un día caluroso como este, todos los aldeanos abandonaban su trabajo y descendían a la playa como peces sedientos.

—¡Hola, Ninsianna! —la saludó un antiguo paciente.

—¡Ninsianna! —la saludó otro amigo.

Un tercer amigo la saludó con su mano.

Enroscando el collar que le habían concedido por ganar el concurso del solsticio, se abrió paso a través de la concurrida playa, tarareando una alegre canción de amor. Normalmente disfrutaba lavando la ropa y chismeando con las demás mujeres, pero ayer su padre le había advertido.

"¡No seas una plebeya! Una chamán debe destacarse del resto".

Entonces, ¿cómo debía comportarse una "elegida" con las personas que habían sido sus amigos y pacientes durante toda su vida? Arrastró su pesada cesta hasta un lugar en el que la playa se estrechaba y el agua se obstruía con juncos y cañas. El agua aquí olía a fertilidad y barro, pero las acacias le daban un respiro del sol.

Un par de guerreros menores, no mayores que Pareesa, estaban preparados con sus lanzas para apuñalar cualquier "tronco con ojos".

—¿Algún cocodrilo hoy? —preguntó alegremente.

—Sólo uno —dijo el chico más alto—. Lo perseguimos por ahí.

Junto a los juncos, el cocodrilo estaba al acecho, sumergido bajo la superficie, de modo que sólo eran visibles sus ojos de gato y un par de orificios nasales. A juzgar por la longitud de su hocico, era un macho joven, de apenas siete codos; lo suficientemente grande como para emboscar a una mujer o a un niño, pero no tan viejo como para haber aprendido a evitar a los chicos con sus lanzas.

El cocodrilo vio una presa potencial en ella y se acercó, sin apenas perturbar la superficie mientras su poderosa cola se movía bajo el agua. A medida que nadaba, su hocico abundante en colmillos se hacía más visible.

El corazón de Ninsianna se aceleró cuando una cresta escamosa rompió la superficie. El sonido de los chapoteos de los aldeanos se desvaneció cuando un rugido ocultó la frenética advertencia de los guerreros...

Con un rugido ensordecedor, una canoa especial celeste, achaparrada y gris, se cierne frente a la puerta sur, oscureciendo el pueblo con polvo. La nave se abre de par en par. De su interior salen toda clase de monstruos que caminan vestidos y erguidos.

Los guerreros arrojan lanzas desde la seguridad de la puerta, pero los monstruos llevan bastones de fuego. Un rayo sale de la nave de los lagartos. Con un rugido atronador, las murallas de Assur desaparecen en una explosión de roca y polvo.

Los lagartos entran en la aldea y reúnen a las mujeres. Un hombre lagarto se pone delante de ella...

...y mostró sus gigantescos colmillos.

—¡Cuidado!

Los dos chicos se precipitaron junto a ella, hacia el río, y apuñalaron al cocodrilo mientras este se levantaba para arrastrarla al agua.

El cocodrilo rugió, haciendo sonar sus enormes mandíbulas, pero los chicos lo apuñalaron con sus lanzas hasta que finalmente nadó de vuelta al borde de los juncos. Los chicos salieron del río con las caras enrojecidas.

—¿Qué te pasa? —le reprendió el chico más alto—. ¡Te *dijimos* que estaba allí!

—Lo siento —dijo ella con voz entrecortada—. La diosa me envió una visión...

—¿Una visión? —le espetó el chico más bajo—. ¡Tu estúpida *visión* casi hace que te maten!

Miró fijamente al cocodrilo que la observaba con ojos hambrientos. Aunque sin duda era un monstruo, no caminaba erguido, ni llevaba ropa, ni viajaba en una canoa espacial celeste...

—Vuelve a la playa —ordenó el chico más alto— hasta que podamos matarlo...

—...o enseñarle a temer al *hombre* —dijo el chico más bajo levantando su lanza.

Los dos chicos se rieron en complicidad.

Las mejillas de Ninsianna se sonrojaron.

—Soy la Elegida de Ella-Quien-Es —dijo imperiosamente.

—¡Pues evidentemente *ELLA* te ha *elegido* para que seas la próxima comida de ese cocodrilo! —se ríó el chico más alto.

Resoplando de indignación, Ninsianna recogió su cesta y regresó a la playa. ¿Qué le había llevado a meterse en el río, nada menos que tras un cocodrilo, y a pensar que esa cosa llevaba ropa?

Se abrió paso entre los cuerpos relucientes que habían salido del agua fresca y se dejó caer en la playa.

—¡Ninsianna! —gritó una de las mujeres—. Felicitaciones por haber ganado la competición de ayer.

—Y por ganar el corazón de Damu-zid —dijo otra mujer—. Debo decir que eres la primera iteración de Geshtinanna en salir *volando* del campo de competición.

Las otras mujeres soltaron una carcajada y chismeaban sobre las proezas físicas de "Damu-zid". Casi pudo *ver* cómo Mikhail se ruborizaba cuando las mujeres hablaban de una "lanza" que poco tenía que ver con la que él había arrojado.

Ninsianna sonrió.

Sacó el cesto de la ropa sucia que contenía, no sólo *su* ropa embarrada de la competición, sino también la de Mikhail. Sus pantalones se habían secado tanto que casi podía mantenerlos rectos. Comprobó si había cocodrilos antes de vadear, aunque con tantos guerreros refrescándose en esta parte del río, era poco probable que los depredadores se atrevieran a *acercarse* demasiado.

Cualquiera que lo *hiciera* sería asesinado, desollado y engullido...

Tarareó una canción alegre mientras sumergía sus pantalones en el río, sus labios todavía hormigueaban al recordar el beso de Mikhail. Aunque él nunca le había enseñado la traducción de *mo grá*, gracias al don de lenguas de la diosa, ella sabía que su significado era "mi amor".

Lo que significaba que la premonición de la diosa era correcta...

Un inquietante escalofrío recorrió su cuerpo. Buscó en el agua otro cocodrilo, pero no había rastro de "hombres lagarto" ni de "troncos" flotantes con dientes y ojos.

Algo la golpeó en la espalda.

—Oye.

Se giró para mirar a Shahla, la ex novia de Jamin.

Alta y curvilínea, con pelo negro brillante, ojos exóticos y el mejor vestido de lino que la riqueza de su padre podía comprar, la ex novia de Jamin habría sido hermosa si no fuera por la permanente mueca de desprecio que mostraba un hueco entre sus dientes.